

fray Jerónimo de Alcalá según J. Benedict Warren; la del *petámuti*, sacerdote mayor, que narra la historia mítica de los *uacúsecha*, “águilas”, el linaje gobernante de Michoacán; las voces de los personajes de la historia, que hablan y dialogan, con intercalaciones del fraile, etc. La edición de Fímax incluye también reproducciones a colores de las valiosísimas pinturas de la *Relación de Michoacán*. Pero los escasos 500 ejemplares de la edición se agotaron muy pronto; fue reeditada en 1988 en la colección Cien de México de CONACULTA, de alta difusión, pero lamentablemente sin las ilustraciones. Ahora está por salir una edición con la reproducción fotográfica a colores de toda la *Relación de Michoacán*, que espero no sea muy cara e inaccesible. La *Relación de Michoacán* se ha convertido, comenta Le Clézio, en un libro sagrado para los actuales purépechas. Es una fuente imprescindible y un clásico de la literatura mexicana. Por ello es lamentable que no exista una edición popular accesible del texto con las pinturas a colores.

La magnífica nueva edición, coordinada por Moisés Franco Mendoza y publicada en el año 2000 por El Colegio de Michoacán y el Gobierno del Estado de Michoacán, aunque no presenta un facsimilar del manuscrito, se distingue por su esfuerzo de propiciar el acercamiento más rico y múltiple posible al texto y a las 44 pinturas de la *Relación de Michoacán*. Para ello presenta una nueva y cuidadosa transcripción del texto, a cargo de Clotilde Martínez Ibáñez y Carmen Molina Ruiz, quienes agregan puntuación pero lamentablemente modernizan la ortografía. Las pinturas, aunque no las originales, son bellamente reproducidas y perceptivamente comentadas por Hans Roskamp. Y se agrega un aparato de estudios introductorios y apéndices particularmente extenso. Los estudios abarcan desde el comienzo hasta la página 325, la transcripción de la *Relación de Michoacán* va de la página 326 a la 691, y los Apéndices e Índices van de la 695 a la 831. O sea: 365 páginas de texto y casi 460 de estudios e índices.

El todo constituye un grueso y bello volumen, cuyos únicos defectos son su peso y precio, ampliamente compensados por su

riqueza informativa y sus aportaciones novedosas. Espero que este importante libro llegue a todas las bibliotecas públicas michoacanas y que se edite una edición popular, en dos volúmenes, texto y estudios.

Los estudios conforman un amplio y generoso panorama de lo que se sabe y de lo más nuevo de la investigación sobre la *Relación de Michoacán* y sobre el Michoacán antiguo. La variedad de autores encierra una diversidad de perspectivas a veces discrepantes, lo cual enriquece aún más el volumen. Lamento no poder dar aquí más que una muy breve y parcial reseña de algo de lo más interesante de los Estudios introductorios y los Apéndices.

Moisés Franco Mendoza, coordinador de la obra, ofrece una minuciosa revisión de todas las características de las "Ediciones de la *Relación de Michoacán*" previas y define las características de la propia (pp. 17-36). En esta misma vena historiográfica y editorial, Agustín Jacinto Zavala reseña "Tres traducciones de la *Relación de Michoacán*" (pp. 121-138): al inglés, de Eugene R. Craine y Reginald C. Reindrop (1970), al francés, de Jean Marie Gustave Le Clézio (1984), y al japonés, retraducida del francés, por Mochizuki Yoshirô (1987). No olvidemos que Agustín Jacinto Zavala habla inglés, francés y japonés. Su estudio, que incluye algunas retraducciones de la traducciones levanta interesantes problemas acerca de la traducibilidad, recepción y universalidad de la obra. Y en el Apéndice se incluyen dos largos cuadros comparativos (pp. 735-814), me parece que algo inútiles, sobre las diferencias en la transcripción de voces purépechas y castellanas en las transcripciones anteriores de la *Relación de Michoacán* (Tudela y Miranda Godínez), cuyos errores de lectura se vieron superados, es cierto, por la nueva transcripción de la nueva edición.

Muy felizmente, la nueva edición incluye una nueva versión del decisivo artículo de J. Benedict Warren -a quien felicito calurosamente por su merecida condecoración de El Águila Azteca- originalmente publicado en 1971, sobre el franciscano fray Jerónimo de Alcalá como probable autor de la *Relación de Michoacán* (pp. 37-56). Cuando los diferentes autores elucubraban si fray Martín de Jesús o fray Maturino Gilberti pudieron ser los autores de la *Relación de Michoacán*, Warren

publicó su artículo con el título con interrogaciones, “Fray Jerónimo de Alcalá, author of the *Relación de Michoacán*?”, pues aportaba documentos y argumentos, pero no pruebas contundentes de la autoría de Alcalá. Poco después, en 1977 apareció el libro *Utopía e historia en México* de Georges Baudot, que no se dio por enterado del artículo de Warren y repitió y desarrolló la verosimilitud de la autoría de fray Martín de Jesús. Por otro lado, Francisco Miranda Godínez, en su edición de 1980 de la *Relación de Michoacán*, no aportó más argumentos que los de Warren, pero puso sin dudar a fray Jerónimo de Alcalá como autor de la obra. En la versión aumentada de su artículo ahora publicado, Warren incluyó una referencia a la prueba recientemente descubierta por Carlos Paredes Martínez, en una información judicial hecha en 1576 por el cabildo indio de la ciudad de Mechuacan (Pátzcuaro), que confirma la autoría de Alcalá. Warren permanece cauto, mantiene la duda, pero el hecho es que la nueva versión de su artículo aparece ahora sin interrogaciones: “Fray Jerónimo de Alcalá, autor de la *Relación de Michoacán*”. Me parece que el coordinador de la nueva edición de la *Relación de Michoacán* no resalta suficientemente la confirmación de la autoría de fray Jerónimo de Alcalá, pese a ser una de las principales aportaciones de la obra.

Pero tocante al tema de la autoría, resultan muy atendibles los documentados argumentos de Jean Marie Gustave Le Clézio, en su estudio sobre la “Universalidad de la *Relación de Michoacán*” (pp. 107-120), respecto al fundamental anonimato de la obra. El padre Alcalá no hizo más que retomar, dar forma y transcribir, las voces de los antiguos sacerdotes michoacanos y del gobernador don Pedro Cuinierángari. Y de hecho, Le Clézio cree posible que una parte de la *Relación de Michoacán* le pudo llegar a fray Jerónimo de Alcalá en la forma de un manuscrito acaso elaborado por el joven don Antonio Huitziméngari. Gracias al rescate deliberado del sabor de la lengua purépecha en su traducción al español, y por su fidelidad a la palabra del *petámuti* y del gobernador, piensa Le Clézio, fray Jerónimo de Alcalá logró transmitir un testimonio de excepcional profundidad sobre las creencias y la sensibilidad purépechas. Pese a las intenciones que

pudieran tener el virrey Mendoza o el padre Alcalá sobre la utilidad de este libro, Le Clézio ve en él “ante todo un libro de inspiración indígena”.

Le Clézio subraya certeramente la similitud entre la intención de las obras de fray Jerónimo de Alcalá y fray Bernardino de Sahagún, el gran recopilador de las cosas de los nahuas prehispánicos, tema que desarrolla Miguel León-Portilla en su estudio sobre “Jerónimo de Alcalá y los primeros frailes etnógrafos en Mesoamérica” (pp. 57-78). Al igual que frailes como fray Toribio Motolinía, fray Andrés de Olmos, fray Bernardino de Sahagún, fray Diego de Landa y fray Diego Durán, Alcalá compartió el método de utilizar los testimonios de informantes indios. Estos frailes escritores conforman, concluye León-Portilla, “la que podemos calificar de ‘escuela de pioneros en nuevas formas de saber histórico y antropológico’”. Aunque no conocemos la versión original en lengua purépecha de la *Relación de Michoacán*, si es que existió, puede decirse que Alcalá compartió con Sahagún el afán por rescatar la palabra viva y los modos de expresión de los pueblos indios, con el fin de transmitirles el Evangelio en un lenguaje que les tocara el corazón.

La expresión de la sensibilidad purépecha en la *Relación de Michoacán* se confirma en el estudio de Moisés Franco Mendoza sobre “El discurso del *petámuti* en la estructura de la lengua purépecha”, que compara sistemáticamente el discurso del *petámuti* en el capítulo XXXII de la Segunda parte con el discurso del capitán general en el capítulo VI de la Tercera parte, para establecer su orden fundamental, que aún se conserva presente en los discursos solemnes purépechas contemporáneos. Y Moisés Franco se aventura a retraducir a la lengua purépecha contemporánea el discurso del *petámuti*. Ojalá un día se pueda entregar a los purépechas una edición en su lengua de la *Relación de Michoacán*, ejercicio de reconstrucción de lo que pudo ser la posible versión original en lengua purépecha.

Le Clézio, León-Portilla y Franco Mendoza subrayan el rescate de la sensibilidad india en la *Relación de Michoacán*. En cambio, Herón Pérez Martínez en su estudio sobre “El arte literario de la *Relación de*

Michoacán" (pp. 79-106), destaca que se trata de una obra mestiza y aún más, híbrida, en la que se da un cruce de autorías, pero todo subordinado al fraile autor, que redacta, traduce e interpreta de acuerdo a las teorías de su tiempo. Por ello Pérez Martínez duda de la pureza indígena del discurso del *petámuti*, y del conjunto de la *Relación de Michoacán*: "parece indudable que la teoría literaria que estuvo en la base de este vasto proceso traductivo, redaccional, exegético y de síntesis llevado a cabo por el franciscano está constituida fundamentalmente por la retórica, la poética, la gramática, la estilística y la teoría de la traducción europeas que aparecen por doquier en el texto compuesto por él" (p. 102).

Este carácter mestizo e híbrido, aparece no sólo en el texto sino también en las pinturas de la *Relación de Michoacán*, como se ve en el análisis de Hans Roskamp sobre "El *carari* indígena y las láminas de la *Relación de Michoacán*: un acercamiento" (pp. 235-264), complementado por "Las 44 láminas de la *Relación de Michoacán*: una propuesta de lectura" (pp. 323 y ss). Hans Roskamp publicó hace poco, en 1998, su espléndida tesis doctoral sobre la *Historiografía indígena de Michoacán. El Lienzo de Jucutacato y los Títulos de Carapan*; al mismo tiempo dio a conocer su estudio sobre el por él llamado *Códice de Tzintzuntzan* (las pinturas copiadas en el siglo XVIII para la *Crónica de la Nueva España* de fray Pablo Beaumont) y escribió otros trabajos sobre códices michoacanos. Ahora nos entrega un estudio sobre las pinturas de la *Relación de Michoacán*, que por su extensión por sí solo es un libro. Roskamp hace un análisis crítico de las circunstancias de la composición de la *Relación de Michoacán*, ubica sus pinturas en el marco de la escritura pictográfica mesoamericana y michoacana, describe y caracteriza las pinturas en su conjunto, y finalmente las analiza una por una. (Esta segunda parte del estudio de Roskamp quedó dispersa en la nueva edición de la *Relación de Michoacán*, junto a cada una de las pinturas).

Hans Roskamp encuentra que los escasos vestigios existentes permiten pensar que sí existió en Michoacán una tradición de escritura pictográfica prehispánica, aunque lejos del "nivel de desarrollo,

difusión e importancia” que tuvo en el centro de México y otras regiones. Enfatiza que es necesario entender la *Relación de Michoacán* en la confluencia de intereses del autor franciscano, pero también los de don Pedro Cuinierángari y del linaje real uacúsecha, en exclusión de otros grupos étnicos michoacanos, y acaso también los intereses de la ciudad de Tzintzuntzan, enfrentada a la de Pátzcuaro a donde el obispo Vasco de Quiroga trasladó en 1539 la capital india y española, civil y religiosa, de Michoacán.

No sobreviven códices michoacanos prehispánicos, y los ejemplos coloniales de escritura pictográfica muestran una fuerte influencia de normas iconográficas europeas. Sin embargo, Roskamp encuentra que las pinturas de la *Relación de Michoacán* fueron hechos “por *caráriecha* (tal vez miembros de la nobleza indígena), quienes estaban bien enterados de la historia oficial de los uacúsecha y de la situación en la época prehispánica, ya que proporcionan información que no se encuentra en el texto”. Las pinturas no sólo ilustran el texto a la manera europea, sino que también lo complementan, al mismo tiempo que el texto complementa y completa la legibilidad de las imágenes. Por ello, Roskamp piensa que el conjunto de pinturas de la *Relación de Michoacán* no constituía por sí mismo un códice, pues fueron hechas de acuerdo a la ordenación que fray Jerónimo de Alcalá dio a su *Relación de Mechuacán*, con tres partes divididas en varios capítulos. La lectura de cada una de las 44 pinturas es particularmente rica, minuciosa, erudita, observadora. El estudio de Hans Roskamp sobre las imágenes de la *Relación de Michoacán* se debería estudiar en las escuelas michoacanas.

Otro libro dentro del libro en esta edición es la traducción del extenso y excelente estudio de Eduard Seler, “Los antiguos habitantes de Michoacán” (pp. 139-234), concluido en el otoño de 1905, y que no se había publicado en traducción al español, tarea que con casi un siglo de retraso realizó Francisco Miranda Godínez, quien revisó la traducción que se encuentra manuscrita en la Biblioteca de Antropología e Historia, agregó una interesante introducción, abundantes notas que precisan referencias y subtítulos que facilitan y

ordenan la lectura, y dan idea de la riqueza y sistematicidad del aún insuperado estudio de Seler: Geografía lingüística de México; Los tarascos, enigma lingüístico cultural; La *Relación de Michoacán*; La lengua de Michoacán; Michoacanos no tarascos; El Lienzo de Jucutacato; Los tarascos; En las riberas del lago de Pátzcuaro; Tariácuri; Somatología, peinado, traje y adornos; Armas; Edificios y enseres; Artefactos y artesanías; Fiestas y cultos; Ejercicio del mando; El rey y su corte; Las guerras; Los casamientos; Costumbres funerarias; Casta sacerdotal; Templos; Otros espacios sagrados; Los mitos y creencias. Sobra decir que Seler aprovecha sistemáticamente la *Relación de Michoacán*, entre otras fuentes michoacas.

Como es sabido, la primera parte de la *Relación de Michoacán*, sobre los dioses y las fiestas, se perdió o fue perdido, lo cual ha limitado drásticamente las posibilidades de comprender la religión y la religiosidad michoacas, dada la escasez también de testimonios arqueológicos. Los intentos de reconstrucción de la religión michoacana -el más clásico es el de José Corona Núñez-, han debido operar buscando los equivalentes mexicas de los dioses michoacanos, y completar la información michoacana faltante con información mexica. María Isabel Terán Elizondo en su estudio sobre los "Elementos mítico-simbólicos" (pp. 285-300) trata de aproximarse hacia el posible contenido de la Primera parte perdida de la *Relación de Michoacán* analizando las menciones a temas religiosos en la foja sobreviviente de la Primera parte, y en las partes segunda y tercera, con deliberada exclusión de elementos ajenos. Con todo, se echa de menos en esta nueva edición el fragmento de la "Relación sobre la residencia de Mechuacan (Pátzcuaro)", hecha por el padre jesuita Francisco Ramírez el 4 de abril de 1585, que resume algunas de las creencias religiosas de los michoacanos, y que Francisco Miranda Godínez incluyó entre los Apéndices de su edición de la *Relación de Michoacán* para suplir en algo el hueco dejado por la pérdida de la Primera parte.

Claudia Espejel Carbajal, "Guía arqueológica y geográfica para la *Relación de Michoacán*" (pp. 301-312) hace un cotejo de los principales lugares mencionados en la *Relación de Michoacán*, peregrinación de

los *uacúsecha*, expansión militar antes y después de Tariácuri, cambios de capital de los *uacúsecha*, etc., buscando su correspondiente sitio arqueológico, y detectando los sitios que es más urgente excavar e investigar. Claudia Espejel nos recuerda que el dios Curícaueri y la diosa Cueráuaperi eran piedras, navajas de obsidiana, de la que se podían desprender partes, entregadas a los señores aliados y vasallos. Y construye un esclarecedor árbol genealógico de los reyes *uacúsecha*, con la indicación de sus capitales y con quién y dónde se iba encontrando el ídolo Curícaueri -que quedó algo perdido, al lado de la pintura del árbol genealógico de la familia real- (p. 549).

En los Apéndices resulta de gran valor el trabajo de Pedro Márquez Joaquín sobre "El significado de las palabras p'urhépecha en la *Relación de Michoacán*. Glosario de voces p'urhépecha" (pp. 693-726), que además proporciona información sobre la acentuación correcta o más probable de una gran cantidad de nombres de personas, lugares y cosas. Por cierto que una de las características loables de esta nueva edición es el intento por determinar la acentuación correcta de los nombres michoacanos, y de seguirla (aunque no siempre con consistencia) a lo largo de los Estudios introductorios, la transcripción de la *Relación de Michoacán* y los Apéndices: Tangáxoan, Cueráuaperi, Uayámeo, Guayángareo, *caráriecha*, etc. No por nada esta edición de la *Relación de Michoacán* coordinada por Moisés Franco Mendoza es la primera elaborada por varios hablantes de la lengua purhépecha.

Facilita el acceso a la *Relación de Michoacán* el "Glosario de voces en español" (pp. 727-734) de Eloy Gómez Bravo y los Índices analíticos, que detallan por separado: Auxiliares del Cazonci en el gobierno; Diosas; Dioses; Fiestas; Linajes y algunos oficios; Lugares; Nombres; Oficios en la casa del Cazonci; y Sacerdotes.

Pensando en una futura posible reedición popular de esta nueva edición de la *Relación de Michoacán*, señalo rápidamente unas observaciones. En los Estudios introductorios y los Apéndices, todos los autores citan por página diferentes ediciones de la *Relación de Michoacán*, en lugar de citar la nueva edición misma o, mejor, la parte, el capítulo y la foja, recto o verso, del manuscrito original. De hecho,

la nueva edición dispone la transcripción del texto haciendo corresponder un lado de foja por página, pero omitió indicar cada vez la foja. La nueva edición podría ser en dos o más volúmenes. El primero podría incluir una Introducción general, el texto, las notas (tal vez aumentadas), las ilustraciones, los comentarios a las ilustraciones, y los índices. En un segundo volumen se podrían incluir los Estudios introductorios y los Apéndices (omitiendo los dos cuadros comparativos de transcripciones en ediciones anteriores), y una Bibliografía relativamente completa de los estudios sobre la *Relación de Michoacán* o que lo citan sistemáticamente. Y en un tercer volumen se podrían reunir algunos de los estudios importantes sobre la *Relación de Michoacán*, como los de Paul Kirchoff (1956), Agustín García Alcaraz (1976), Alfredo López Austin (1976, 1981), Agustín Jacinto Zavala (1980), Juan Pedro Viqueira (1980), Carlos Paredes Martínez (1984), Pedro Carrasco (1986) y Ulises Beltrán (1986), entre otros. Por cierto, también valdría la pena escribir un estudio historiográfico sobre el impacto y la recepción de la *Relación de Michoacán*, de Motolinía (1537-1543), Brasseur de Bourbourg (1857-1859) y Manuel Payno (1869) en adelante, impacto enorme por ser la fuente escrita casi única sobre el Michoacán prehispánico.

Rodrigo Martínez Baracs

Dirección de Estudios Históricos, del
Instituto Nacional de Antropología e Historia

